



EL PUEBLO

Tengo la certidumbre de que el pueblo está debajo de la sociedad, como la tierra está debajo del suelo. Se va a una conferencia, a una cena política, se entra en la Redacción de un periódico, se sienta uno en la antesala de un prócer, y todo está lleno de sociedad. Pero, ¿y el pueblo? Todo el mundo, toda la sociedad, habla del pueblo, trabaja para el pueblo, se identifica con el pueblo, se sacrifica por el pueblo. Pero el pueblo, ¿dónde está? Una y otra vez pregunto a las avecillas del campo, a los árboles, a las aguas, a mi propio corazón: "¿Y el pueblo?". "¿Dónde está el importante, el soberano pueblo?". Me digo si el pueblo existirá realmente. Acaso no sea más que un dato metafísico, una dimensión trascendente generada por la propia sociedad, una mixtificación racionalista, o acaso una utopía, algo vago que heredamos del idealismo clásico, una excrecencia del prurito cultural. No quiero imaginar el espectáculo de terror que significaría la aparición súbita del pueblo. La recóndita convicción de que no existe, de que es simplemente una creación personal de la sociedad, un concepto que no reside fuera e independientemente de ella, que no pertenece a las estructuras lógicas de la naturaleza, desaparecería de un solo golpe y moriríamos abrasados por la realidad. Pero la idea de semejante espectáculo subleva a los buenos espíritus, no es lo que se dice un detalle de buen gusto. De ahí que lo más probable es que no exista. Nos hace falta, no obstante, su palpable vacío, sobre todo porque tenemos metas históricas que cumplir. Es el andamio subjetivo que nos hace falta para objetivar nuestra obra. Una vez realizada, se quita el andamio. Y así se extingue el vacío al privarle de su concepto, o algo parecido, tampoco está uno aquí para hacer números. Pero acaso, oh, dioses (como suele decirse) el pueblo esté debajo de la sociedad, como la tierra está debajo del suelo. Y nunca se sabe lo que puede ocurrir cualquier tarde.

LICANTROPO

